

en todo caso el 1.º de mayo; pero que el cardenal legado solamente lo abriría en persona, si hasta entonces hubiera Dandino enviado noticias de que así convenía a los designios del emperador. En otro caso deberían celebrar la apertura el segundo y tercer presidente, Pighino y Lipomano. El 23 de abril estaba Massarelli en Trento, donde se hacían los últimos preparativos para la reunión del sínodo. Para la celebración de las congregaciones se aderezó el palacio Ghiroldi, donde debía también morar el legado, y para las sesiones, la catedral de S. Vigilio, venerable por su antigüedad (1).

Dandino, de regreso de su legación, llegó a Trento el 24 de abril, y anunció que el emperador estaba conforme con que se abriera el concilio, y solamente deseaba que se procediese lentamente, hasta que hubieran llegado otros preladados, en especial los alemanes (2).

Los presidentes del concilio, Crescenzi, Pighino y Lipomano, celebraron su solemne entrada en Trento el 29 de abril, y les dieron allí la bienvenida el cardenal Madruzzo, cuatro arzobispos y nueve obispos. El mismo día llegó, como enviado del emperador, Francisco de Toledo, y el 30 de abril se tuvo la primera congregación general, en la cual el cardenal Crescenzi declaró que, conforme a la voluntad del Papa, se debía celebrar la apertura del concilio al día siguiente. Así se acordó por unanimidad; pero otra proposición de Crescenzi de que la próxima sesión no se celebrara hasta pasados cuatro meses, a 1.º de septiembre, tropezó al principio con una viva resistencia. Contra ésta hizo valer Pighino que no era posible celebrar un concilio sólo con los españoles e italianos, sino que era necesaria la presencia de preladados alemanes, y que no se debía ofrecer a los protestantes ningún pretexto jurídico para rehusar el concilio. Por efecto de estas razones se aceptó también la segunda propuesta del presidente (3).

Al día siguiente, 1.º de mayo de 1551, se celebró con muy poca asistencia, la *undécima sesión del concilio de Trento, pri-*

(1) V. Massarelli, 223-224. Por un *breve de 22 de abril de 1551, recibió Massarelli facultad para gozar de las rentas del priorato de S. Severino dioec. Camarac. Arm. 41, t. LX, n. 291. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Raynald, 1551, n. 5. Massarelli, 224.

(3) Massarelli, 225 s. Theiner, Acta I, 475 ss. La carta de Crescenzi a Dandino, de 1 de mayo de 1551, se halla en Druffel, I, 632 s.; cf. además Pieper, 33, nota 1.

mera del reinado de Julio III. Después de la misa solemne que celebró el cardenal Crescenzi, tuvo el sermón el franciscano conventual Segismundo Fedrio de Diruta; después el secretario del concilio, Massarelli, leyó la bula de convocación y el breve del nombramiento de presidentes, y el arzobispo de Sassari, Alepo, el decreto de reanudar el concilio y el anuncio de la próxima sesión para el 1.º de septiembre, con el fin de que los alemanes tuvieran tiempo de presentarse en Trento. El mismo día 1.º de mayo el Papa fué llevado en Roma en solemne procesión, desde S. Marcos a la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se celebró una misa del Espíritu Santo por el feliz éxito del concilio. En seguida se extendió a todo el orbe la indulgencia del jubileo ya antes publicado (1).

En el decurso del mes de mayo acudieron a Trento otros obispos españoles. A los ochenta y cuatro preladados que se hallaban en Roma, les había dirigido el Papa ya en el consistorio de 24 de abril la exhortación de que fueran a Trento lo antes posible; y como esta amonestación no había producido ningún efecto, se excitó ahora de nuevo a los remisos a estar en Trento antes del 1.º de septiembre. Además siguió en mayo el envío de cierto número de escritos de invitación (2).

Aun cuando el emperador mostraba mucho celo de que el concilio estuviera concurrido (3), la perspectiva de aquella asamblea se presentaba muy oscura, por cuanto Enrique II, resuelto a hacer todo lo posible para que el Papa desistiera de su proce-

(1) V. Massarelli, 227-229; Theiner, Acta I, 480. En la sesión, en la cual Crescenzi evitó la palabra continuación, tuvieron parte fuera de los tres presidentes: el cardenal Madruzzo, cuatro arzobispos, diez obispos, once teólogos y el embajador imperial. La bula del jubileo de 26 de abril de 1551 ha sido publicada por Le Plat, IV, 217 ss. El Papa aprobó lo hecho en la sesión de apertura, y ordenó el lugar que se había de asignar al cardenal Madruzzo, de una manera satisfactoria para éste; v. Massarelli, 230 s.

(2) Cf. Massarelli, 229 ss.; Raynald, 1551, n. 9 y 10; Le Plat, IV, 220 s.; Wirz, Bulas, 360.

(3) V. Relaciones de nunciaturas XII, 2 s.; Postina en la Revista trimestral romana, XVIII, 385 ss. De Postina hay que esperar una edición de las actas del segundo período del concilio de Trento, que corresponda a las exigencias modernas. Hay que aguardar a que se haga esta edición, como especialmente a que se editen asimismo por la Sociedad Görres las correspondencias relacionadas con dicho concilio; mientras esto no se efectúe, no será posible una exposición definitiva del segundo período de Trento. Las relaciones que hasta ahora existen en gran abundancia únicamente de la parte imperial, son tan parciales que sólo pueden utilizarse con grandísima precaución.

dimiento contra Octavio Farnese, trabajaba con todas sus fuerzas contra el sínodo. A principios de julio rompió sus relaciones diplomáticas con el Papa, y antes de ausentarse, su embajador Pablo de Labarthe, señor de Termes, presentó en el consistorio una formal protesta contra el concilio. Ahora (se decía en aquel documento, redactado por lo demás en tono respetuoso), habiendo comenzado la guerra en Italia, faltaba la tranquilidad necesaria para una asamblea semejante; los preladados de su reino no acudirían a Trento (1).

Asimismo intrigaba Enrique II por medio de su embajador para que los católicos de Suiza no enviaran representantes al concilio; el «rey cristianísimo» no se avergonzaba de ponerse para este fin en relaciones amistosas con uno de los más violentos enemigos de la Iglesia, Pedro Pablo Vergerio (2).

Julio III, por extremo irritado por la devastación del territorio de Bolonia por las tropas mandadas por Termes, antes embajador francés en Roma, dirigió en 21 de julio de 1551 un escrito amenazador a Enrique II, en el cual le emplazaba ante el tribunal de Dios; por lo cual el rey mandó ordenar al nuncio Trivulzio, que se alejara de la corte. Ante el tribunal de Dios, declaró Enrique II que estaba pronto a comparecer; pero sabía ciertamente que no hallaría allí al Papa, al cual consideraba como el peor y más desagradecido de los hombres, cuya injusta excomunión no temía. En el consejo del rey se ventiló la cuestión de si se debía sustraer enteramente la Iglesia de Francia de la obediencia del Papa, e instituir para Francia un patriarca propio. Carlos de Guisa, cardenal de Lorena, fué quien principalmente apartó al rey de dar este peligroso paso, y el rey declaró que no quería pelear contra Julio III con armas espirituales, sino con las temporales. Un ejército de diez mil hombres había de dirigirse a Italia, y para herir al Papa en lo vivo se daría orden a los franceses, de que no enviaran dinero a Roma para la obtención de beneficios o dispensas (3). Esta disposición, puesta en práctica a 3 de septiembre, equivalía al rompimiento del concordato (4).

(1) Cf. Ribier, II, 329 ss.; Le Plat, IV, 227 s.; Pallavicini, II, 16; Romier, 27-28.

(2) V. Raynald, 1551, n. 10 s.; Hubert, 99 ss.; J. G. Mayer, El Concilio de Trento y la antirreforma en Suiza I, Stans, 1901, 29 s.

(3) V. Romier, 30 s.; 33 s., 41.

(4) Thomas, III, 13.

El corto número de los preladados y representantes que se hallaban en Trento, se fué aumentando lentamente hasta el mes de septiembre. Además de españoles y algunos italianos, llegaron finalmente los primeros alemanes, el primero, a 17 de junio, el obispo auxiliar de Wurzburg, Jorge Flach. El 29 de julio llegó, como segundo embajador del emperador por el Imperio, el conde Hugo de Montfort (1). Fué de particular importancia la asistencia al concilio de los electores eclesiásticos del Imperio, los cuales, al principio, se quisieron excusar, pero el legado Crescenzi les expuso de un modo enérgico, cuán obligados estaban a comparecer personalmente por el carácter de su posición. Asimismo era necesario impedir, que su ausencia ofreciera un pretexto a los protestantes para permanecer alejados. Lipomano trabajó en el mismo sentido (2), por lo cual los tres príncipes electores se resolvieron a emprender su viaje a Trento. Ya el 17 de agosto habían llegado allá cuatro doctores enviados delante por el príncipe elector de Tréveris, entre ellos el erudito dominico Ambrosio Pelargo (3). El 29 de agosto hicieron su entrada los dos príncipes electores, Sebastián de Heusenstamm, arzobispo de Maguncia, y Juan de Isenburg, arzobispo de Tréveris. La llegada de estos representantes de la Iglesia alemana, de sin igual importancia, a los cuales siguió en octubre el príncipe elector de

(1) V. Massarelli, 237, 240. V. *ibid.*, 235 y 237 sobre la visita de Felipe, príncipe de España, y de Maximiliano, rey de Bohemia, los cuales pasaron por Trento de viaje para España; Maximiliano se detuvo de nuevo en dicha ciudad a su vuelta, desde el 13 hasta el 16 de diciembre (v. Relaciones de nunciaturas, XII, 359 s.). Para saludar al rey Maximiliano y a la reina de Bohemia en Italia, diputó Julio III primeramente a A. de'Grassi, y después a su sobrino Ascanio della Corgna: *quo nos conjunctiorem aut cariorem habemus neminem* (v. el breve a la reina de Bohemia, de 25 de noviembre de 1550. Arm. 41, t. LVIII, n. 872; en el n. 873 hay otro breve semejante para el rey). Sobre la salutación v. Relaciones de nunciaturas, XII, 145. A Felipe de España dirigió Julio III, en 10 de junio de 1551, un *breve, en que le dice que le envió a su sobrino J. B. del Monte, *quo nemo nobis carior, nemo nobis conjunctior est*, cuando Felipe vino de Alemania a Italia, para saludarle e invitarle a venir a Roma; y que como se retardó la llegada de Felipe, le envía ahora a Hieronymus episc. Imol. (Dandino), para que el príncipe no pase por Italia sin ser saludado (Arm. 41, t. LX, n. 446). Al regreso de Maximiliano fué enviado para saludarle A. de'Grassi; v. el *breve para Maximiliano y su esposa, de 23 de noviembre de 1551. Arm. 41, t. LXII, n. 858. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Le Plat, IV, 221 s., 224 s.

(3) Massarelli, 241. Sobre Pelargo, v. Janssen-Pastor, VII, 556 s. y la bibliografía especial que allí se indica.

Colonia, Adolfo de Schauenburg, fué recibida con alegría tanto mayor, cuanto se creyó que entonces seguirían su ejemplo numerosos obispos del Imperio. El 29 de agosto llegó asimismo el prelado auxiliar de Maguncia, Baltasar Fanneman, y al siguiente día el erudito obispo de Viena, Federico Nausea, como enviado del rey de romanos Fernando (1). Todavía faltaban entonces los obispos que se hallaban en Roma, justificando las acerbos quejas que pronunció Crescenzi sobre la ausencia de estos prelados. Con todo eso, el haberse roto las hostilidades en la Italia septentrional y la pobreza de muchos obispos italianos no dejaban de ser motivos graves, dignos de tomarse en consideración (2). El Papa nada podía remediar en esta parte, pues el salario de los presidentes y demás funcionarios del concilio exigía cuantiosos gastos, y el mantenimiento de las tropas enviadas contra Octavio Farnese agotaba del todo sus caudales, de suyo muy limitados. Pero Julio III hizo por lo menos cuanto estaba en su mano. Una bula de 27 de agosto de 1551 reiteró el requerimiento dirigido a todos los prelados de encaminarse personalmente al concilio, con amenaza de penas para los remisos; y parecidas amonestaciones hicieron los cardenales diputados para el concilio. Por lo demás, el Papa persistía en que en todo caso había de celebrarse la sesión el 1.º de septiembre (3).

(1) V. Massarelli, 241 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 52; Postina, Billick, 117. Por *breve de 13 de noviembre de 1550, dió el Papa las gracias a Nausea por el envío de su *Compendium concilii Constant.* (Arm. 41, t. LVIII, n. 950). Un segundo *breve, de 12 de noviembre de 1551, agradece a Nausea otro libro (ibid., t. LXII, n. 938). Este es el breve, que cita J. G. Mayer en el *Anuario Histórico*, VIII, 23 con la fecha equivocada de 12 de diciembre. Los documentos que cita Mayer de la *Biblioteca de la ciudad de Schaffhausen*, concernientes a la actividad de Nausea en el concilio, se hallan también copiados en la *Biblioteca del seminario de Maguncia*. Los manuscritos relativos a esto mismo, de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*, y especialmente las memorias de Nausea que se hallan en *Schaffhausen*, los utilizará Postina en su gran publicación. También Truchsess, cardenal de Augsburgo, había querido ir a Trento, y por eso se había dirigido al Papa, quien le hizo contestar que podía aguardar todavía, pues los cardenales no habían sido convocados por la bula. Contra la explicación que dió Druffel (I, 801) de esta carta, v. Pieper, 34, nota 1.

(2) Esto lo hace notar con razón Pieper (p. 34); cf. Relaciones de nunciaturas, XII, LXII.

(3) V. Le Plat, IV, 231 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 57 s. Por un *breve de 1 de septiembre de 1551, a Jac. Jacomello episc. Bellicastr., se encargó a éste que cuidase necesaria ad celebr. concilii et presertim hospí-

Conforme a esto, el 31 de agosto resolvió la congregación general de Trento, a propuesta del legado, que al día siguiente se celebraría la sesión prefijada, y como fecha de la siguiente señalóse el 11 de octubre (1). El Papa llegó por entonces hasta pensar, en interés del concilio, en trasladarse a Bolonia con toda su corte, plan que ya antes se había meditado, pero que también esta vez, por motivos económicos, hubo de abandonarse (2).

El 1.º de septiembre, los tres presidentes, el cardenal Madruzzo, los dos príncipes electores, otros cinco arzobispos, veintiséis obispos y veinticinco teólogos, se reunieron en Trento para la *duodécima sesión, segunda del pontificado de Julio III* (3). Celebró la misa solemne el arzobispo de Cáller, y en vez de sermón, el secretario del concilio Massarelli leyó una larga exhortación de los presidentes a los Padres congregados. Se admitieron también las cartas credenciales de los embajadores de Carlos V y Fernando I, y se determinó que en la sesión siguiente, a 11 de octubre, se trataría del sacramento de la Eucaristía y de la obligación de residencia de los obispos.

Al fin compareció el francés Jacobo Amyot, enviado del cardenal Tournon, que moraba en Venecia. Dicho enviado presentó una carta de Enrique II y otro documento y pidió que se les diese lectura. Pero como la carta del rey de Francia llevaba el sobrescrito: «A los Padres de la *Asamblea de Trento*», evitando deliberadamente la designación de concilio, levantóse de parte de los españoles una tempestuosa oposición contra la lectura del escrito. Para resolver aquel litigio, retiróse el legado con los padres del concilio a la sacristía; y allí, para no exacerbar más al rey, se acordó acceder a la pretensión de Amyot, aunque con la declaración expresa, de que el concilio quería recibir en buen sentido la

tia et victualia pro conventuris. Arm. 41, t. LXI, n. 749. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Massarelli, 242. Theiner, Acta I, 483 s.

(2) Cuán de veras había sido proyectado este viaje, se deduce de los *breves, que se hallan en el Arm. 41, t. LXI, n. 790: Jac. Fabri cubicul., con fecha de 11 de septiembre de 1551 (comisariato para procurar víveres en Bolonia); n. 841: Commissariis super hospitibus para el viaje a Bolonia, con fecha de 20 de septiembre de 1551; ibid., n. 842 y 843: ad aptandas vias; n. 844: ad victualia paranda; n. 845: ad hospit. pro sacramentum portant. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Massarelli, 242. Theiner, Acta I, 486 s. Raynald, 1551, n. 27 s. Corpo dipl. Port., VI, 55.

inscripción del título; mas que si fuese otra la intención del rey, no podría considerarse la carta como dirigida a aquella asamblea eclesiástica.

Tras esto leyó Massarelli la regia misiva y Amyot el otro documento. Este tenía por objeto fundamentar de nuevo la actitud de Enrique II al rechazar el concilio, remitiéndose a la declaración anteriormente dada en el consistorio por el embajador francés, y protestar contra el mismo concilio. Entre reproches contra el Papa, insistía Enrique II en que no había podido enviar a sus obispos, por cuanto el viaje no era seguro en las circunstancias políticas presentes; no miraba aquel concilio, del cual había sido excluido de este modo contra su voluntad, como universal, sino como una asamblea privada, que le parecía que serviría más al privado interés de aquellos en gracia de los cuales se había convocado, que no a los universales intereses de la Iglesia. Por esta causa, en lo sucesivo no estarían obligados a guardar los decretos de dicho concilio, ni el rey, ni el pueblo francés, ni los prelados y ministros de la Iglesia galicana, antes bien, declaraba él pública y solemnemente que, si le pareciera necesario, apelaría a los mismos medios y recursos para defenderse, que habían solido emplear en casos semejantes los anteriores reyes de Francia. Con todo, no decía él estas cosas en el sentido de tener propuesto negar la obediencia debida a la Sede Apostólica, por más que tenía principalmente en el corazón defender las libertades de la Iglesia galicana.

Por medio del promotor del concilio se contestó al embajador francés, en nombre del sínodo, que en la próxima sesión pública de 11 de octubre se daría una contestación maduramente meditada a sus declaraciones. Entre tanto se hace notar, que todo cuanto había hecho el embajador francés no podría constituir ningún prejuicio contra el concilio y su continuación (1).

El 7 de septiembre habían llegado además a Trento Pablo Gregorianozi, obispo de Agram, como segundo enviado del rey Fernando, y Guillermo de Poitiers, como tercer representante de Carlos V por sus provincias de Flandes (2). Como no se tenían noticias particulares acerca de los próximos designios del empe-

(1) Cf. Raynald, 1551, n. 28 s.; Le Plat, IV, 236 s., 238 s., 249 s.; la carta de S. de Selve en Ribier, II, 352 s.; Pallavicini, 11, 17; Maynier, 611 s.; Bagnault de Puchesse, en la Rev. des quest. hist., VII (1869), 48 s.; Romier, 40.

(2) Massarelli 243 s.

rador, especialmente sobre su viaje a los Países Bajos, origináronse temores respecto a la continuación del concilio. Al propio tiempo se hacía cada vez más sensible el efecto que producía en la asamblea la guerra acerca de Parma. El 24 de septiembre podía Bertano escribir a Roma, que el emperador había diferido para más adelante el proyectado viaje a los Países Bajos. Carlos V se dirigió a Innsbruck, adonde llegó a principios de noviembre, y esta resolución la tomó expresamente por respeto del concilio (1).

Los Padres congregados en Trento habían emprendido sus trabajos después de la sesión de 1.º de septiembre. Ya al día siguiente se sometieron para su investigación a los teólogos del concilio diez proposiciones sobre la Eucaristía, que se habían entresacado de los escritos de Lutero y de los reformadores suizos. Una congregación de veinticuatro teólogos eminentes, entre ellos los jesuitas Laínez y Salmerón, enviados por el Papa, y el dominico Melchor Cano, diputado por el emperador, se pusieron inmediatamente a este trabajo. Las deliberaciones duraron desde el 8 hasta el 16 de septiembre, y se continuaron luego con detención no menor por los padres del concilio en nueve congregaciones generales desde el 21 hasta el 30 de septiembre. Se había advertido a los teólogos, que tomaran sus argumentos de la Sagrada Escritura, la tradición apostólica, los concilios legítimos, los Padres de la Iglesia, las Constituciones de los Papas y el consentimiento de la Iglesia universal; debían exponer sus sentencias en términos breves, evitando todas las discusiones inútiles y las disputas porfiadas; el legado Crescenzi instaba principalmente a que se contentaran con proponer claramente los errores, sin entrar en sutilezas teológicas. En las deliberaciones se vino a tratar también muy detenidamente la cuestión sobre la administración del cáliz a los legos y la comunión de los niños (2).

Después que se hubieron discutido e ilustrado en todos sentidos los diez artículos de los novadores, se instituyó, en la congregación general de 30 de septiembre, una comisión de ocho prelados, que, junto con el legado, hubieran de oponer a aquellas

(1) Cf. Relaciones de nunciaturas, XII, 72 nota, 76, 86 s.; Druffel, I, 760.

(2) Cf. Raynald, 1551, n. 39; Le Plat, IV, 258 s.; Theiner, Acta I, 488 s.; Massarelli, 243; Pallavicini, 12, 1 s. Sobre qué aprecio y autoridad gozaba en Trento Laínez, cf. Polanco, II, 250, 253; Astrain, I, 552 s., donde ha sido rectificada la exposición de Ribadeneira y Orlandini. Sobre M. Cano en Trento véase Katholik, 1880, I, 409 s.